

LA MULTA

Pau March



# Capítulo 1

## LA MULTA

### Capítulo 1 "La notita"

¿Alguna vez os ha alegrado el día encontraros una multa en el parabrisas del coche? A mí, sí. Tenía día libre en "Correos" y salí de casa más tarde de lo habitual. Una vez en la calle miré al cielo, me solté un pedo y saludé al nuevo día. Según me acercaba al coche distinguí un papel sujeto en el cristal. Ya está, multa al canto; la policía, el puto ayuntamiento y su puta hora azul. Enseguida recordé que no lo había dejado en hora azul la noche anterior, lo había dejado en una plaza para cagar los perros. Al menos no había nadie con un chucho esperando para darme la vara. Eran las 8:30 y como todo el mundo sabe la primera mierda perruna te la sueltan en el recibidor junto a la puerta de entrada.

Llegué a mi coche, cogí el papel, y cuál mi sorpresa cuando comprobé que no era una multa; estaba en blanco. Le di la vuelta y tenía un número de teléfono. Me apoyé en el capó, me encendí un Lucky y me rasqué la coronilla. ¿Qué coño significaba esto? Entré en el bar más próximo y me tomé un café y un lingotazo de Terry. Ahí andaba yo, dándole vueltas al café, al Terry y al teléfono. Quizá me habían rascado o abollado el coche y esa persona de bien me había dejado su teléfono. Lo descarté al segundo, esa gente murió hace mucho. No obstante eché un vistazo rápido y el coche tenía los bollos de siempre, ninguno nuevo.

Al final me pedí otra ronda y me decidí a llamar. Marqué el número y esperé. Al otro lado sonó una voz femenina:

—Hola, perro, por fin te decidiste a llamar.

—¿i Cómo !?—respondí asombrado. Comencé a toser y apuré el Terry—¿Quién coño eres tú?

—Soy Natalia, Pau. Vivo en tu calle y te llevo observando un tiempo. ¿Y sabes una cosa? Me pones.

—Mira nena, no sé cómo has averiguado mi nombre pero como broma ya está bien, tómale el pelo a tu padre. Me voy a trabajar.

—Sé bastante de ti, Pau. Hoy tienes día libre.

—¿Qué más sabes de mí?

—Por ejemplo que sales a las 7:15 de casa, tomas café y copa en el bar "Capullo", sacas el coche de la hora azul a las 7:30 y te vas a "Correos" a currar. Vuelves a las 15:30, aparcas, sales del coche, te metes la camisa, te subes los pantalones, y he decir que me encanta cómo cargas siempre el paquete a la izquierda. Luego entras en el bar y pides el menú. Cuando terminas de comer sigues con cafés y chupitos de whisky y no sales hasta las 19:00, y porque cierran el bar. ¿Quieres que siga?

—Déjalo déjalo.

Hace años que vengo a este bar pero reconozco que soy un desastre. Miré al de la barra y le pregunté alzando la voz: "Jefe, ¿cómo se llama este bar?" y me gritó "Capullo". Hostias pues es todo verdad.

—Bueno, Natalia, ¿y qué es lo que quieres?

—Follar.

Joder, desde hace 10 años llevo la misma viagra y el mismo condón en el bolsillito de las monedas. Sabía que entrar en "Correos" era una señal planetaria, y que la paciencia daría sus frutos. Pero nunca me lo imaginé así. Siempre pensé que alguna salida me echaría los trastos a través de la ventanilla.

—Oye Pau, luego te llamo, que sale mi marido del baño. No tardaré, se va al aeropuerto y a Dubai.

—¿A Dubai? ¿A qué se dedica?

—Monta negocios aquí y allá. Ahora está con unos socios fabricando y vendiendo relojes de arena.

—¿Y a qué cojones se va a Dubai?

—A comprar arena. Luego te llamo.

—Vale ok.

Me pedí otro Terry. Después de esta interesantísima conversación me puse a pensar "¿Que no me iré el fin de semana a Gandía a robar arena?"

Capítulo 2 "La videollamada"

Veinte minutos después sonó el teléfono. Una llamada de wasap. Era su

número.

—Hola petardo, ya se ha marchado mi marido.

—¿Se ha embarcado y se ha ido a hacer las Arenas?

—Jajaja ! Eso es. Te voy a iluminar el día. Dale al botón de la cámara.

Eso hice. Vi unas largas piernas cubiertas con una bata azul turquesa. Estaba tumbada en un sofá. Dos bonitas manos con las uñas cortas y sin pintar desanudaron el cordón de la bata. La apartó y me enseñó sus piernas; no eran gruesas ni delgadas, eran fibrosas y atléticas. Esta tía o era deportista o se pasaba el día follando. Siguió apartando la bata y pude ver sus bragas; eran negras y lisas, sin puntilla. Comenzó a trazar con el índice círculos alrededor del ombligo para seguir hacia abajo. Extendió los dedos y se acarició de manera sinuosa el casipalmo que separa el ombligo de las bragas. Luego siguió por las ingles y la cara interna de sus muslos, hasta que posó lentamente su mano en sus bragas. Se acarició un buen rato por fuera, dando un tironcito aquí y allá. Muy sexy todo. Entonces se metió la mano por debajo de las bragas acariciándose el coño. Los terrys me hicieron creer que estaba en una tienda de campaña, en un desierto de Turquía contemplando la danza de los siete velos.

De repente, como si se abriesen las compuertas de la presa "Hoover", una catarata de sangre fluyó de mi cabeza a la cebolleta, dejándome la sesera medio seca y tuve una caída de tensión hasta el punto de marearme. Apuré mi quinto Terry para recuperar el tono.

—Basta ya, dime dónde tengo que ir. Eres una sacerdotisa y quiero ser tu monaguillo.

—En el 180 de tu calle, 9º B, vente y nos pondremos ciegos.

—Muy bien ¿pone algo en timbre de la calle?

—Alicia en el País de las Maravillas.

—Perfecto. Cuando pulse y descuelgues, la contraseña será "Soy Peter Pan y te la voy a meter hasta la campanilla"

—Qué romántico, te espero. Click.

Ansioso y empalmado le dije al del bar "Jefe, apúntelo en mi cuenta que tengo prisa, me estoy cagando y eso solo lo hago en casa". Muy amablemente me respondió: " Tranquilo hombre, vienes a diario. Que tengas un buen día y una buena cagada". Tuve que robar el periódico del bar para taparme el bulto delator. Llegué al 180, dije el santo y seña y me abrió; entré en el ascensor y marqué el 9º, salí y golpeé en su puerta el

típico toc tocotoctoc... toc toc !

Se abrió la puerta y me recibió un tipo que me sacaba un palmo, en tanga y pantuflas.

—Hola Pau, bienvenido.

—¿Qué mierda es esta? ¿quién coño eres tú?

—Soy el hombre de arena.

### Capítulo 3 "El hombre de arena"

Fue tal la impresión al ver a aquel mastodonte que se me revolvió el estómago, me dio una arcada y le arrojé una tremenda vomitona que le cubrió desde la frente hasta las rodillas. Le puse perdidito pero el pedo se me pasó al instante. Mi desayuno de 4 cafés y media botella de coñac a la basura.

—Perdone usted, creo que me he equivocado de puerta.—le dije. Hice ademán de dar media vuelta y largarme de allí, pero una mano más grande que las del Stallone me agarró del pescuezo y me metió en la casa. El tipo rodó la puerta blindada y se metió la llave en el tanga.

—Una entrada triunfal, amigo Pau, tranquilo que has venido al lugar correcto.

—Procuro dejar huella. ¡Pero esto ha sido una encerrona!—protesté.

—Si Natalia te hubiese hablado de mí, no te habrías presentado. Soy Andrés Arenas, su marido. Mis amigos me llaman Sandy Warrol o el "hombre de arena". Puedes llamarme Sandy.

—Me suena muy mariquita, prefiero Warrol. Por cierto, apestas a coñac.

—No me importa, llámame como quieras. Y dime Pau, cuéntame algo de ti. Aparte de trabajar en correos tengo entendido que escribes...

—Mira Sandokan, yo no soy Paco Umbral y no he venido a hablar de mi libro; yo había venido a follar. Me pone tu mujer todo burrote y me recibes tú. ¡No me jodas, hombre!

—Cálmate, Pau, te irás satisfecho. Natalia está en la cocina preparando un desayuno, salúdala mientras me ducho. En el aseo pequeño tienes aspirina, bicarbonato, enjuague bucal y espray para el aliento.

Entré en la cocina, ella se giró y me guiñó un ojo. Freía unos huevos. La mesa estaba lista con una jarra de zumo de naranja, cafetera, leche, tres

platos con crepes, sirope, mermeladas de varios sabores, Nocilla, crema de cacahuete, pan tostado y mantequilla. Me sentí en "La casa de la pradera" a las afueras de Wyoming.

Seguía con su batita azul turquesa, que debía ser 2 tallas menos. Casi se le salen las tetas sirviendo los huevos, y aquella mesa perfectamente servida dejó de tener el mismo interés para mí. Dos peras de impresión separadas por un canalillo perfecto me rozaron el hombro y supe al instante que no tenían más de treinta años. Un culazo correcto, ni mucho ni poco. Los culos excesivos son incómodos para follar a cuatro patas, a no ser que tengas un surtidor como el de Repsol.

No era la batita, no; es que estaba muy bien hecha la hija de puta. No era fea, pero tampoco de una guapura perfecta cual estatua griega. Semblante serio pero agradable, como me gustan a mí. Cuando follo con una carita de ángel me siento un perverso anticristo.

Entró Sandokan atusándose el pelo, se ajustó el cinto de su albornoz blanco y se sentó a la mesa. Se frotó las manos, me miró sonriendo y me dijo:

—Bueno, Pau, más tranquilo ¿no? La historia es muy sencilla, mi esposa y yo somos un par de fetichistas del sexo, cada uno con su gusto y fantasía. A Natalia le encanta follar con desconocidos y...

—Déjame adivinar, y a ti te gusta encular al desconocido de turno para que no lo sea tanto y crear cierta confianza, ¿a que sí?

—No es eso, Pau—intervino Natalia—ambos somos héteros. A Andrés lo que le pone es verme follar y grabarlo, pero tranquilo que de aquí no sale, lo sube a Tuitter pero a ningún sitio más.

—Me quedo mucho más tranquilo—le respondí.

—Me da un morbo de la leche este tipo de sexo, me pone a cien follar con alguien que acabo de conocer, me pone loca del coño. ¿Tienes algún problema con eso, Pau, o te vas a poner tenso y nervioso?

—Ningún problema, Natalia.—le dije mientras untaba de mantequilla una tostada—Llevo veinte años comprando los sábados el periódico por la sección de anuncios, ya sabes: "Maruja, recibo sola en en mi casa y en lencería", "Verónica, estoy solita y aburrída", "Madurita, soy la abuela de Caperucita y necesito un lobo feroz", etc.

El desayuno fue maravilloso, el mejor desde la época de la mili. Mientras tanto hablábamos de nuestros gustos sexuales. Veinte minutos después era como si nos conociésemos de toda la vida. Al terminar aquel delicioso festín, les ofrecí y encendí un Lucky y me lo rechazaron. Natalia

cogió mi mano derecha con las suyas, me quitó el cigarro y lo espachurró en mi plato.

—Nada de tabaco antes de follar—me dijo ella dulcemente—. Somos exfumadores. Desde hace un año solo fumamos un pitillo entre polvo y polvo, y hemos conseguido reducirlo a 3-4 al día. ¿Tú también fumas entre polvo y polvo, Pau?

—Cartones, querida, cartones.

Natalia se rió, y mientras apagaba mi pitillo con la derecha, con la izquierda puso mi diestra sobre su muslo por debajo de la mesa. Qué sensación tan agradable, qué piel tan suave y qué calentita estaba. Su mano guiaba la mía hacia la rodilla, para luego subir poco a poco hasta la ingle. Me la posó sobre la braga y me pareció muy aspera después de tanta suavidad. Apartó la braga y me recorrió su rajita. El mundo volvía a ser suave. Se afeitaba los laterales y se dejaba vello por el centro. No estaba recién depilada, por lo que la combinación de sensaciones, acariciando su fino vello y una barba de tres días, me provocó un hormigueo y comenzó a ponérmela morcillona. Natalia sabía darte de desayunar; una excelente anfitriona. Me puso la mano sobre el paquete y comenzó a sobarme la cebolleta mientras removía un café con la derecha. Toda una malabarista. Comenzó la presión y me bajé la bragueta. Ella no tardó un segundo en meter su mano y comprobar el algodón 100% de mis calzoncillos. Apuró su café, me la sacó y comenzó a meneármela mientras me miraba mordiéndose su labio inferior. Se acercó y me dijo bajito al oído "vamos a follar en la ducha, cielo". Sandokan me pidió el azúcar, y sin dejar de mirar a Natalia, le volqué medio azucarero a su cafetito.

Nos levantamos ella y yo de la mesa, y sin soltar mi pinga medio tiesa, me arrastró al baño. Le dio al agua caliente de la ducha y nos desnudamos mientras nos mordíamos labios y cuellos. Se arrodilló, me la cogió con la derecha y se la metió en la boca, y de vez en cuando metía la mano izquierda en la ducha para comprobar la temperatura perfecta del líquido elemento. Lo dicho, toda una malabarista.

Entonces entró Sandokan con una cámara y comenzó a grabar la mamada. Fue suficiente que se la tragara 4 veces hasta la campanilla para ponérmela como el granito. Retiró de golpe su boca y sonó un "plop" como el que hace la mejor botella de champán, para continuar lamiéndome y chupándome el cipote un rato. Alzó sus ojos, me miró y me dijo:

—Ya está calentita.

—¿Calentita? Estoy hirviendo, nena.

—Hablaba del agua de la ducha, cariño.

—Venga, meteos en la ducha.—dijo su marido sin apartar un ojo de su Sony CCD TRV180.

#### Capítulo 4 "La alcachofa mágica"

Era una bañera con mampara. Entramos y Natalia me embadurno con un envase de Sánex de 1,5 L, yo le hice lo mismo con uno de Magno; había 8-10 envases de distintos geles y champús. Nos restregamos y sobamos pero la alcachofa soltando agua caliente nos aclaraba y la espuma no permanecía. Sin dejar de abrazarnos y besarnos, Natalia de espaldas a la grifería cerró la llave con el pie izquierdo. Aquella mujer conocía perfectamente cada centímetro de su casa. Pilló un envase de "Champú de Higo y Plátano de Heno de Pravia" y lo puso en alto dejándolo caer sobre nuestras cabezas. Nos enjabonamos los cabellos el uno al otro mientras nos mordíamos, besábamos y lamíamos lenguas, labios, orejas, cuellos y hombros. El champú cuajó en una abundante espuma que corría por nuestra piel.

—Se me olvidó decir "Cámara... ¡Acción!".—dijo Andrés.

—¡Cállate, Almodóvar!—respondí—No jodas la marrana, tú graba y chitón.

—Las tomas falsas son a veces las mejores.

—¡Que te calles!

Masajeé su espalda cubierta de espuma, y sin dejar de comernos la boca, deslicé mis manos por su costado rozando con los pulgares sus pezones y seguí hasta las caderas. Le acaricié las nalgas primero con suavidad y luego apretándolas con fuerza. Tenía un culo duro como un balón de basket. Me agarró la pinga y se puso a frotarla mirándome a los ojos y mordiéndose el labio inferior.

—Natalia, no me mires con esa cara de zorra que harás que me corra enseguida.

—Es que soy una zorra, no sé mentir.

—¿Y qué más?

—Y un putón, y una guarra, y una golfa.

—Me encanta el golf.



—Pues dame un buen golpe y métemela en el hoyo.—me dijo mientras apoyaba la pierna izquierda sobre la repisa de la bañera y se restregaba con el cipote su vulva.

—No hay prisa, muñeca, no hay necesidad de hacer un birdie, primero te haré un trick bajo par.

—¿Bajo par?

—Bajo este par de tetas que me voy a amorrar.

Y así, deportivamente, metí mi cara entre sus tetas y recorrí su canalillo con la nariz. Las besé, las mordí, cubrí una areola con la boca y mordí con delicadeza su pezón, luego la otra, y la otra, y la otra, y la otra, y así un buen rato..

—Se me ha terminado la cinta—dijo el cineasta, con más de media polla empalmada asomándole del tanga—voy a cambiarla.

—¿Y a nosotros qué nos cuentas? Haz lo que tengas que hacer, coño, ¡ cállate y no des por culo ! ¿Qué esperas, que paremos en seco hasta que vuelvas?—gruñí.

—Ten paciencia con él, Pau, con lo grande que es y a veces parece un crío. Sigamos a lo nuestro, no pares.

Aquello era como una escape room de la espuma, solo que no teníamos ningún interés en encontrar la salida. Esta vez me agarré yo la polla, y mientras le mordía el cuello recorría con ella desde el ano hasta el clítoris, ida y vuelta, ida y vuelta, ida y vuelta. Estaba tan excitado que las pulsaciones me aumentaron como un metrónomo marcando un "molto allegro". Estaba impaciente por explorar aquel tesoro entre sus piernas. Comencé a metérsela, ella puso sus manos en mis nalgas y me la empujó hasta el fondo. Abrió su boca y le mordí la lengua que casi la hago sangrar. Primero suave y sacudidas después. La mampara se puso a temblar y a chirriar.

—Para Nati, para.

—No te preocupes cielo, la mampara está en garantía.

—No es por eso, niña, es que con veinte zambombazos más me voy a correr y queda mucho trabajo por hacer. No quiero que acabe tan pronto, este polvazo hay que estirarlo, estrujarlo, agotarlo y exprimirlo.

—Me encantas, Pau. Déjame seca como una pasa.

Había pasado un buen rato y apareció Spielberg, cámara en mano y nervioso.

—Ya estoy aquí, podéis seguir. Disculpad mi tardanza pero no encontraba una cinta virgen. He pillado una cualquiera y era la de la comunión de tu sobrino, ¿te imaginas Natalia que lo mezclamos todo y le enviamos una copia a tu hermano? Menos mal que me di cuenta a tiempo. Cámara... ¡Acción!

Natalia y yo nos miramos sin poder aguantar la risa.

—¿De dónde has sacado a este zompo?—le susurré al oído.

—Me tocó en una tómbola.

Ay qué risa, nos reímos tanto que se me aflojó. Haciendo un esfuerzo por no reír y perder la concentración, empecé a mordisquearle los costados, las costillas, seguí por el vientre hasta el pubis; torcí a la derecha y continué por el muslo, pantorrilla y pie. Luego apoyó el pie en el suelo y flexionó la otra pierna ofreciéndome el otro pie. Tracé el mismo recorrido en sentido inverso hasta la ingle y me detuve, allí arrodillado tenía su coño a la altura de la cara, aunque con tanta espuma apenas distinguía nada. Alcé la vista, la miré y le dije "Ábrete Sésamo". Levantó su pierna izquierda y posó su pie sobre mi hombro; por fin vi la cueva de Alí Babá en todo su esplendor, a punto para saquearla. Le comí el coño entre babas, espuma y fluidos, como si fuera la tomatina de Buñol. Cuando tuvo suficiente me cogió de las orejas y tiró para incorporarme y ponerme de pie. Natalia ya no aguantaba más, se la metió y me abrazó con todas sus fuerzas. Tuve miedo de cargarnos la mampara y la llevé a la pared de alicatado. Nos dimos heavy metal hurlant y un azulejo que estaba flojo comenzó a sonar "tacatac, tacatac, tacatac..." hasta que nos corrimos.

—¡Corten! ha sido una toma perfecta, creo que no hará falta repetirla, ¿o sí?

—Vete a la mierda.—Le respondimos entre risas y sin aliento.

—Ale, aclaraos, secaos, tumbaos en la cama y relajaos, os habéis ganado un cigarrito.

—Oye Kubrick.

—Dime, Pau.

—Tú que estás descansado, podrías preparar unos gintonics.

—Eso está hecho.

## Capítulo 5 "Nocilla la gran merendilla"

Minutos después entró Andrés con las bebidas, Natalia y yo estábamos tumbados en la cama y él se sentó en una esquina; brindamos y encendimos unos pitillos. Apreté el botón rojo del mando y encendí la TV; lo de siempre, tertulias y noticias mañaneras. Un reportero entrevistaba a un pastor de cabras de Salamanca, al que apodaban "El chupacabras"; le preguntó el porqué de su mote, me lo imaginé y cambié de canal... clic. En otro canal una reportera hablaba con dos mujeres en batín en la calle sobre los disturbios y delincuencia en el barrio... clic. En telecinco señalaban a Antonio David como el follaoret de tuitar con una cta. B... clic. En antena 3 saltaba la noticia de que había sido detenida una banda de butroneros liderada por el Dioni; cuando mandó a sus secuaces comenzar a perforar, miraba con cada ojo a una pared, y en vez de aparecer en el banco de Sabadell lo hicieron en el parking de una comisaría de la policía nacional. Apagué la TV. Nos pusimos a hablar del espacio-tiempo curvo, del ciclo menstrual de la mosca cojonera y de Elena, Paris, Aquiles, Menelao y la guerra de Troya.

Natalia apuró su gintonic y se recostó a mi lado. Sonrió y me clavó sus ojos grises con aquella mirada de ninfómana insaciable. Me dio piquitos en el mentón, labios y mejillas mientras rozaba con sus yemas mi cuerpo lozano. Mordió dulcemente mi oreja y me dijo: "Quiero que me encules, Peter Pan" y yo le respondí: "Vamos a darle al mazapán".

Con la excusa de hacer un pis salí de la habitación y entré en la cocina, rebusqué en la americana y me tomé la viagra que reservaba para alguna ocasión especial; y Natalia desde luego lo era. Otra vez en la cama con ella, nos abrazamos, besamos y metimos mano en nuestras entrepiernas. Se chupó un dedo y comenzó a tocarme el ojete; yo hice lo mismo con ella. Nos estimulamos la puerta de atrás y me metió su dedo medio en el que llevaba una sortija con un rubí mientras yo le metía el pulgar. La talla del rubí comenzó a hacer mella en mi almorrana, y sentía una mezcla de placer y escozor en mi fistro diodenal o punto G, como sea que le llaméis, nada que ver con los supositorios Rovi que me introducía mi madre con todo su amor cuando tenía calentura de crío. A pesar de la ducha y el jabón, los ojetes son herméticos y estancos y agradecen un engrase especial.

Sandokán seguía a su bola.

—Viaje al centro del agujero negro. Cámara... Acción!

—Oye Polanski, ¿cómo vamos de lubricante?—le pregunté.

—Ni una gota, ayer se terminó.

—¿Pero no fuiste anoche a la farmacia? ¿Es que no había?—preguntó muy sorprendida Natalia.

—Es que dentro de la farmacia estaba una representante de Winston y un vendedor de cupones de los ciegos. Me gasté el dinero en dos paquetes de tabaco y el rasca de la Once. Cuando la farmacéutica me preguntó qué necesitaba y le dije que me había quedado sin dinero nos echó a los tres a la calle.

—Eres un tarao y un gilipollas.—le gritó Natalia.

—Tranquila nena, la mantequilla Arias del desayuno servirá.—le dije para que se calmara.

Fui de nuevo a la cocina pero la mantequilla seguía sólida, y me decidí por el tarro de Nocilla, más cremosa y sabrosa.

—Ale perra, ponte en pompa a cuatro patas que te voy a dar la merendilla.

—No soy una perra, soy una zorra y estoy hambrienta... mmm

Me puse de rodillas detrás de su trasero y con un dedo le aplicaba la Nocilla para pasarle la lengua y tragármela después. Así muchas veces, y cada vez más cantidad. Al final me volví loco y pillaba la Nocilla con tres dedos, cual paleta de albañil, untándola toda, ojete, coño y nalgas. Cuando no quedaba Nocilla en el bote y estaba todo su trasero pringado, aquella visión me dio un subidón de adrenalina; la sujeté de las caderas y metí mi cara en ella, chupando, lamiendo y tragando hasta el empacho la exquisita crema. Al rato se lo había dejado impoluto pero mi cara semejaba a la de un bebé comiendo una tarta de chocolate. Ella se giró y le parecí el Baltasar de la cabalgata de Reyes. Se incorporó y comenzó a besarme y lamerme la cara hasta que quedó limpia. Yo seguía de rodillas y ella se tumbó.

—Hazme un Bukowski.—me dijo de sopetón.

—¿Y eso qué es?—le pregunté.

—Fóllame la mente.—respondió.

—¿Y cómo se hace eso?

—Métemela por la boca hasta llegar al cerebelo.

Y eso hice mientras la agarraba de los pelos. La puse de nuevo a cuatro patas. Yo no sé si fue la Viagra, la Nocilla o el Bukowski, pero se me puso palote y dura como el mármol. Meti la polla en el bote de Nocilla y rebañé lo poco que quedaba. Luego se la enulé y la locomotora de vapor comenzó el traqueteo hasta que la presión fue incontenible y le rellené el bollo de nata.

—¡Corten! Una toma perfecta.—soltó de repente Ford Cópula, mientras se la meneaba con la izquierda y sin dejar de grabar con la derecha. No era un profesional pero le ponía mucho empeño.

Natalia y yo nos dimos otra ducha. Andy Warrol, mientras tanto, preparó en la cocina tres bocatas de jamón y queso, unas papas, unos cacahuetes, olivas y pepinillos. Descorchó una botella de tinto y comimos. Luego me fui al salón a vestirme y ellos a su dormitorio, pues entraban a trabajar a las 4. Les esperé fumando un Lucky y al rato aparecieron. Él vestía un uniforme de teniente de la Guardia Civil y ella uno de capitán de la Policía Nacional.

Bajamos a la calle y nos despedimos, subieron a su coche, lo arrancaron y se fueron. Mientras se alejaban sacaron sus manos por la ventanilla despidiéndose. Yo, en medio de la calle, levanté mi brazo, correspondí a su saludo y grité:

¡Viva la Guardia Civil! ¡Viva la Policía Nacional! ¡Vivan las Fuerzas Armadas!

¡ VIVA ESPAÑA !

Al día siguiente me despedí de Correos y me alisté en el Ejército, que se follaba mucho más.

Jaaaaaaajajaja...

